

CENSO DE LOS PERSONAJES QUE INTERVIENEN EN LA OBRA

M A R I A N E L A

DE

DON BENITO PÉREZ GALDÓS

POR

JOSÉ MANUEL CAMACHO PADILLA

*(Conferencia dada a los cursillistas
del Magisterio Primario en Córdoba,
Diciembre 1931).*

Benito Pérez Galdós es una de las más legítimas glorias de España, ha logrado atravesar las fronteras y situarse entre las figuras cumbres del pensamiento humano moderno; desde hace mucho tiempo se le estudia en todas las Universidades extranjeras y sirve como ejemplo de lección cualquiera de sus obras, para representar la prosa del siglo XIX español, de la misma manera que F. L. de Granada representa a la de nuestro siglo de Oro. Es el autor de los «Episodios Nacionales», en donde se encuentra una gran parte de la historia de España en el siglo XIX de la manera más apasionante que pueda concebirse; desde el punto de vista de la verdad que sólo saben apreciar los poetas y comprender los hombres de encendido corazón; ha sabido dar al detalle mínimo el encanto secreto de lo familiar, para que fielmente incline, y ha tenido la fortuna de emplear el lenguaje más elocuente y exacto. Pérez Galdós ha novelado desde Tráfalgar hasta Cánovas, todos nuestros días gloriosos y todos nuestros más amargos desastres.

Por ésto, y por otras muchas cosas que no es preciso detallar en este momento, en que sólo trato de dar a ustedes una leve lección de Metodología a Pérez Galdós, «esa montaña coronada de peñascos ingentes—que—, no tiene nubes que la envuelvan, es sus gasas tupidas», según dice González Blanco, se le ha querido honrar de todas maneras,

y aún parece que no se ha llegado a la forma definitiva, o los innumerables admiradores que tiene no han logrado ponerse de acuerdo. En Madrid, en el mejor de sus parques, en el Retiro, y en el más bello rincón de él, en la Rosaleda, se le erigió, viviendo todavía el glorioso abuelo, una magnífica estatua, en la que anualmente los amigos depositan flores y pronuncian algunas palabras renovadoras de la admiración que hacia la ingente obra se profesa por los hombres de Letras. En estos últimos años el homenaje amistoso iba perdiendo esplendor; tal vez porque se padeció una crisis de libertad, o por lo menos hay que atribuirlo a ésto, antes de que pase por nuestra imaginación la sospecha de que la implacable lima del tiempo destruye el fuego que se encendió potente en días de gloria. Pero los amigos quisieron algo más espiritual, de más íntima amistad; algo imperecedero, no que dejara para siempre el nombre de Pérez Galdós en nuestra historia, pues ya había quedado suficientemente con la rica y numerosa lista de sus obras; sino que demostrara a las generaciones sucesivas el gran amor y el respeto que se le había tenido en vida, y el acierto con que la propia generación supo juzgar su obra.

El malogrado crítico de arte A. González Blanco, en su obra «Historia de la novela en España desde el Romanticismo hasta nuestros días (1), había dicho: Desde *Doña Perfecta* hasta *La de los tristes destinos* ¡qué serie de hombres y mujeres, ya animados o tristes, risueños o llorosos, sollozando, implorando, gimiendo, todos en plena posesión de su ciudadanía en la urbe humana! ¡Cuánta humanidad en movimiento a través de las novelas del genial maestro! «Y J. Lázaro en la España Moderna» (2), estas frases acuciadoras: «Sus novelas contienen no un Museo, sino una verdadera población de tipos diversos...»

Quizá fundándose en ésto, los amigos de Galdós pensaron uno de los mejores homenajes que a la memoria de un hombre pueden dedicarse, y se dispusieron a hacer el censo de los personajes creados por el maestro, la lista de esas mil quinientas personas, de ese pueblo que ha vivido en el espíritu de Galdós y ha tomado forma en él. La idea no puede ser más bella: ponernos en comunicación con almas, dentro de los cuales ha vivido el gran español, es algo digno de los mayores elogios. Es verdad que podemos conocer a esos personajes mediante lectura de las obras; pero no lo es menos que, solamente redactando el censo, será posible ver el carácter de ese pueblo y el espíritu colectivo de esa masa de hombres, sus costumbres, sus deseos, sus aficiones, etc., que val-

(1) Madrid, 1909. Pág. 372.

(2) Año VI. Págs. 66-67.

drá tanto como decir que conocemos la visión épica de Galdós, el vuelo majestuoso de su atrevida fantasía, que ha sabido colocarlo en un punto desde donde puede comprenderse bien una visión de conjunto de un pueblo, que le permite decir soberbiamente: «Por la cañada abajo, en dirección al río, corría un arroyo de agua encarnada. Creeríase que era el sudor de aquel gran trabajo de hombres y máquinas, del hierro y de los músculos»; y aún pudiera dar lugar a que se hicieran ciertas comparaciones entre este pueblo fantástico y los que figuran en el mapa colectivamente creados.

A llevar a cabo esta labor se dispusieron todos, amantes de la obra galdosiana, que es casi tanto como decir todos los literatos españoles. Llevaban la voz cantante personas de tan reconocido valor literario como Gómez de Baquero, Rafael Marquina, Ramón Pérez de Ayala, los hermanos Quintero, Marañón, etc., etc., y todos comenzaron a trabajar con fe. Pero... el censo no se termina; los que no estamos iniciados en ello, miramos todos los días con deseo los periódicos de Madrid, y nunca encontramos la noticia esperada.

A la muerte del malogrado Gómez de Baquero salieron a luz algunas de las fichas que el gran periodista había comenzado a escribir de algunos de los personajes; y ésto sólo es lo que ha llegado a provincias, a pesar de que el que esto os habla ha querido saber, y se ha dirigido con ese objeto a quienes parecía que no le habrían de negar el consuelo de la noticia.

Yo he querido aprovechar la oportunidad del día de hoy para dar a conocer a ustedes—que dentro de poco tiempo han de ir a extender por todos los pueblos de nuestra provincia la ciencia y el arte—este homenaje, semilla que todos ustedes pueden sembrar, en la seguridad de que han de recoger ópimos frutos. He querido decir a ustedes, la forma en que parece debía llevarse a cabo, aún sabiendo que esta empresa no es para mis débiles hombros, y aún estando convencido de que esta obra ni puede ni debe tener carácter local; o, más bien, aprovecharnos para unirnos al homenaje nacional, dedicándole nosotros esta hora modesta, en la cual sería fácil encontrar, como única prenda de valor, una fervorosa devoción al gran español, que tan admirablemente supo cantar nuestras glorias y llorar nuestras penas. Y aún enseñarnos el camino para otros homenajes que en nuestra tierra pudieran hacerse a alguno de los nuestros.

He escogido para esta lección de metodología, quizá la obra más poética del maestro, *Marianela*, y en ella he pretendido hacer el censo tal como me parece que debería llevarse a cabo. Pero no se olvide —y nuevamente pido perdón—que el trabajo no pretende otra cosa que servir de pretexto para que dediquemos a Galdós una de nuestras charlas.

La cédula debe hacerse procurando que complete, de la manera más amplia posible, la personalidad del personaje retratado; y así deberán anotarse las cualidades físicas, el vestido, la condición social y las cualidades morales es decir, todo cuanto contribuya a fijar bien el carácter. En todos ellos se procurará buscar la relación más o menos directa que guarda con el protagonista de la obra.

Distingo en *Marianela*, y lo mismo podría verse en otra obra cualquiera, tres clases de personajes: unos episódicos, que casi no intervienen en la acción y no vienen a servir más que de puntos de referencia; suelen aclarar algún punto o completar una escena, o un carácter. En esta categoría están los siguientes:

Centeno.—Es capataz; lee periódicos muy trabajosamente; su cabeza es tan dura como la piedra.

Señana.—Mujer de Centeno; avara y de mucho caletre y trastienda; no cree conveniente la instrucción de sus hijos, a los cuales domina, como a su marido.

Mariuca.—Hija de Centeno; joven, robusta, apechugada, derecha y con boca libre, por estar siempre en contacto con la naturaleza; falda corta; su ruda cabeza parecía de caríatide.

Pepina.—Hermana de Mariuca y de iguales características que ella.

Tanasio.—Apático; tan falto de ambición, que parecía idiota; ignorante, no travieso; era una herramienta.

«El día que tuviera una idea propia, se cambiaría el orden admirable de todas las cosas, por el cual ninguna piedra puede pensar».

El Gañán.—Mocetón... de tres cuartas de alto y de diez años de edad.

Madre de Nela.—Mujer desgraciada, de mala vida, que se embriaga y acaba suicidándose.

Ingeniero segundo.—Tenía voz de bajo.

Carlos Golfín.—Ingeniero. Es de clase humilde y había llegado al cargo que desempeñaba, gracias al trabajo de su hermano mayor, Teodoro. Era un bendito, pacífico estudioso, esclavo de su deber, apasionado por la mineralogía y metalurgia.

Claramente se observa al recorrer los datos trascritos, que estas figuras no han sido buscadas por el novelista; han aparecido solas, cuando el escritor necesitó de un punto en donde apoyar su narración; bien para explicar la orfandad de la muchacha, y entonces aprovecha la ocasión para hacerla más lamentable, o para exaltar la bondad nativa de Teodoro Golfín, y limita el espíritu de su hermano hasta hacerle sólo un eco suyo, y aún un eco de Sofía. En realidad no son personas para Galdós, sino cosas que sirven a alguno de sus personajes para mostrar alguna faceta de su carácter.

Personajes secundarios.—Estos están trazados ya con gran cariño. No guían la acción, pero no quedan al margen de ella. Sirven como para acusar los contrastes y actúan de contrapeso de algunas acciones y de algunas escenas.

Francisco Penáguilas.—Es un señor obeso, bigotudo, entrecano, encarnado, de simpático rostro y afable mirar; de aspecto entre soldadesco y campesino; de brazos belludos. Era inmejorable, discreto, bondadoso, afable, honrado, magnánimo, no falto de instrucción. Había estado de joven en América, de donde vino sin dinero; entró a servir a la Guardia civil; luego se retiró y dedicado a la labranza, ayudado por una herencia, hizo fortuna. Es el padre de Pablo, el ciego, y no tiene, a la hora presente a nadie en el mundo más que este hijo, al que no contraría, y en él constantemente piensa. Para pintar este afecto, el autor pone en su boca finísimas observaciones. «... se ha desarrollado en él una cantidad de ideas superior a la capacidad de cerebro de un hombre que no ve». Este espíritu delicado se manifiesta también cuando dice: «... La oscuridad de sus ojos es la oscuridad de mi vida». Y con lamentable tristeza dice después, algo que está arrancado del espíritu de Galdós: «Para él no existe el goce del trabajo, el primero de todos los goces. «El autor se complace afectuosamente en esta figura, y luego, cuando describe con gran cantidad de detalles una puesta de Sol o más bien un atardecer en el que el Sol ha tenido poca intervención—y él echa de menos quizá por el recuerdo de su tierra—, dice: «El patriarca, que parecía la expresión humana de aquella tranquilidad melancólica». Melancolía por tener perdidas las esperanzas en la felicidad de su hijo. Al final, cuando el hijo recobra la vista gracias al milagro de la ciencia de Teodoro Golfín, Pérez Galdós no se acuerda casi de esta figura, y sólo nos dice demasiado simplemente que don Francisco *estaba como loco*. El autor está en estos momentos demasiado entretenido con el triste desenlace de la obra, y no se detiene a fijar la alegría paternal.

Sofía de Carlos Golfín.—Era una mujer de regular belleza, «cada día reducida a menor expresión por una tendencia lamentable a la obesidad». Tocaba el piano, organizaba funciones benéficas, era el alma de algunas Asociaciones... Tenía cierto chillido que podía pasar por canto en Socartes; sensible y nerviosa no podía ver la sangre; era dueña de un perro, al que miraba mucho mejor que a una criatura. El autor se complace mucho en rebajar la condición moral de esta señora, a la que desposee hasta del sentimiento maternal, algo falsamente, pues nos dice que ha tenido varios hijos, que ha perdido. Pero el amor hacia el perro sirve en esta ocasión para contrastar la leve compasión que experimenta al ver en peligro a la desdichada Marianela; y su frivolidad para hacer

destacar el carácter entero y moderno del médico, que halla en su cuñada un buen contradictor para exponer alguno de sus puntos de vista de la sociedad.

Manuel Penáguilas.—Es hermano de Francisco y padre de Florentina, la que ha de casarse con el ciego; nuevo rico, con las mismas preocupaciones de nuevo rico de todos los tiempos. Habla de la buena sociedad con afectación notable; de las fiestas benéficas con delectación, y del porvenir de su hija con prisa.

Celipín.—Tiene doce años, pero en todas sus conversaciones afecta tener mucho más; al parecer el autor ha querido hacer en este muchacho el retrato pretérito del Doctor de ahora; Celipín habla de hacerse un hombre de provecho, ser Doctor en Medicina, y declara que no quiere a sus padres, que no han sabido ver sus facultades. Con avaro deleite va guardando todo el dinero que cae en sus manos, para un día poder escaparse; a esta operación le ayula Marianela, dándole también el dinero que recibe de limosnas, y que ella no quiere. Contrasta con Marianela en la protesta que representa contra las fuerzas naturales. Celipín no se conforma, ni con la vida, ni con tener unos padres tan cerriles, que él, a los doce años, ya es capaz de juzgar con acierto.

Los *personajes principales* de la narración ya están tratados con sumo cuidado; en ellos ha puesto seguramente el autor mucho de su mismo espíritu en algunas ocasiones, y mucho de su corazón en otras; y aún a veces ha utilizado los recursos del novelista para que la acción vaya caminando con seguro paso hacia el sitio que debe ir, según el pensamiento del poeta.

Y así *Florentina*, la linda muchacha hija de don Manuel, tiene perfiles trasados con delectación admirativa. Pérez Galdós no se atrave a retratarla con los medios de que naturalmente dispone, y echa mano de Rafael y de Murillo para describir la perfección de su rostro o la dulzura de los ojos: «...el óvalo de su cara era menos angosto que el del tipo sevillano, ofreciendo la graciosa redondez del itálico. Sus ojos de admirables proporciones, eran la misma serenidad unida a la gracia, a la armonía, con un mirar tan distinto de la frialdad como del extremado relámpago de los ojos andaluces. Sus cejas eran delicada hechura del más fino pincel, y trazaban un arco sutil. En su frente no se concebía el ceño del enfado ni las sombras de la tristeza, y sus labios, un poco gruesos, dejaban ver, al sonreír, los más preciosos dientes que han mordido manzana del paraíso...; su tez era de color de rosa tostado, o más bien moreno encendido...»

En el vestido el autor señala la mano del nuevo rico, quizá por hacer resaltar la inocencia de esta muchacha, que ha de ser la rival—aun-

que sin saberlo—de la desgraciada Marianela. Florentina, desde el primer momento sabe que está destinada a su primo, sobre todo si éste recobra la vista, y el autor va preparando el terreno desde el primer momento, para que no se nos haga demasiado dura la transición. Y por ello pone en boca de la muchacha palabras que demuestran su magnífico corazón, aunque a veces parezca que este corazón tiene demasiadas relaciones de convivencia con la cabeza pensante del autor. Dice que a los pobres ha de dársele el bien espiritual, que es la consideración social, el olvido de todo lo que le tuvo degradado y la posibilidad de dejar de ser menesteros por el propio esfuerzo; la limosna material es lo de menos, y en muchas ocasiones lo que remedia materialmente nunca compensa el daño espiritual que causa. Algunos detalles descubren al genial novelista, marcan el estilo de observación de este hombre con la señal indeleble de su mano. Dice «Al ver cruzar los pájaros por su lado no podía resistir movimientos semejantes a una graciosa pretensión de volar». Es caritativa, sobre todo, con Marianela, a la que recoge en sus últimos momentos y cuida con cariño; pero desconoce el drama que se ha presentndo a su alrededor, y en sus acciones obra con entera independencia de otros impulsos que los suyos propios; el amor no aparece en ella, y la aceptación del casamiento con su primo no supone nada: ni una satisfacción cumplida, ni una ilusión deshecha.

Pablo Penáguilas.—A medida que el personaje se acerca al protagonista, adquiere para el autor, naturalmente, mayor preocupación, y todo momento es bueno para que el novelista se acuerde de alguno de sus rasgos. Pablo es ciego; pero este dolor está sabiamente compensado; una estatua del más excelso barro humano, suave, derecho; su cabeza parece de marfil contorneado con la más exquisita finura; aunque su tez era suave, era varonil, con perfección helénica. Sus ojos, aunque sin vista, eran hermosísimos, grandes y rasgados; la cabeza inmóvil le daba la fría serenidad del mármol; tenía todas las galas de la forma. Tenía veinte años, de cuerpo sólido y airoso, de admirables proporciones, estaba completado con un entendimiento superior. «Era divino como un ángel, hermoso como un hombre, ciego como un vegetal».

La costumbre de que le acompañe en sus paseos Nela, el trato continuo con la pobre chiquilla a la que no ve, ha despertado en el corazón del ciego un amor, vehemente y poderoso como corresponde a los años que cuenta. Con frases acertadísimas se pinta este amor a cada paso: «Es de día cuando estamos juntos tú y yo; es de noche cuando nos separamos». Parece que habría de ser uno realmente ciego para que se ocurra esta observación. «Concibo un tipo de belleza encantadora, un tipo que contiene todas las bellezas posibles; ese tipo es la Nela». «Si

me dan a escoger entre no ver y perderte, escojo no ver» A este heroico renunciamiento del que sólo son capaces los corazones demasiado valerosos, la niña responde con infinita ternura: «El corazón me dice que me verás, pero me lo dice partiéndoseme». Parecía que este dulce idilio no se habría de romper nunca y más cuando a cada paso se oye decir a Pablo las mismas protestas de amor y la misma seguridad de que cumplirá su promesa de hacerla su esposa, como repetidamente le dice. Pero la picardía de los padres ha sabido poner un medio para evitarlo; cuando el notable médico consigue curar la ceguera, el primer rostro que aparece a la vista del muchacho es el admirable de su prima, *la misma Virgen* que tanto había sorprendido a la pobre Nela. Pablo, rápidamente capacitado para distinguir la belleza corporal que hasta aquel momento había sido desconocida para él, queda perdidamente enamorado. No deja de recordar a Marianela, y quiere verla enseguida; pero su petición no pasa apenas de sus labios, que están dulcemente entretenidos en decir madrigales a su prima; aquel admirable espíritu de los primeros momentos parece haber desaparecido en cuanto ha cobrado la vista. Despierta al mismo tiempo a la vida y a la realidad y torpemente se unce al carro de la rutina. Al parecer Galdós se ha sentido en esos momentos débil, o no ha sabido ver ese personaje, de la realidad sin duda, capaz de vencer todas las apariencias; en la realidad siempre hay ese hombre que las gentes de baja condición llaman loco y perdido, porque son capaces de imponer en su vida la teoría que parece utópica de que la limpieza de un hombre, cuando es esa limpieza que recibe alegre todos los rayos del sol, es capaz de limpiar todas las manchas; aunque esa mancha tuviera el alcance de las que despertaron las palabras de Cristo al defender a la Magdalena. La honra de los hombres es algo que todavía en esta época de don Benito, no ha llegado a tener el valor que le es propio.

Teodoro Golfín.—Teodoro es uno de *los personajes de Galdós*, no pertenece sólo a esta obra, sino que con diferente disfraz se presenta en muchas de sus creaciones, llevando la voz del maestro en todo aquello que él quiere comunicar a sus lectores. Y siempre se detiene en describir sus rasgos, que si parecerán diferentes, no vienen a serlo, pues encierran un alma muy parecida. Teodoro es de edad mediana, de complexión recia, alto, ancho de espaldas, resuelto de ademanes, firme de andadura, basto de facciones, de mirar osado y vivo, ligero, de regular obesidad, moreno, de fisonomía tan inteligente como sensual, labios gruesos, pelo negro y erizado, mirar centelleante, naturaleza fuerte pero algo cansada por haber vivido bajo el clima americano; cara grande, redonda, frente huesuda; melena rebelde, fuego en los ojos. Ha dado la vuel-

ta al mundo, y por eso acaso tiene espíritu cosmopolita; lleva traje acomodado, sombrero redondo, gemelos de campo, pendientes de una correa y grueso bastón. Es Doctor en Medicina, y según él mismo, el hombre más serio del mundo, al par que un poco supersticioso. Se educó en los Escolapios; pero después había sido mendigo, barbero, criado, etcétera, etc. Habla incorrectamente, en frases entrecortadas y rápidas; y quizá por ello o por la despreocupación de que le gusta hacer alarde, cuando se encuentra con Marianela habla con ella con cierta libertad cruda y descarada. Era entusiasta de la música, pero tenía dos grandes pasiones: la cirugía, a la que se lo debía todo, pues en su especialidad de los ojos había adquirido extraordinaria fama; y el recuerdo de la humildad de su origen. Es enemigo del matrimonio, del que dice: «El matrimonio sería para mí una epigénesis, es decir, un sistema de cristalización que no me corresponde». Predica democracia y cultura, y dice: «Viva el trabajo y la iniciativa del hombre». Y se opone a la corriente vulgar de la alta sociedad, diciendo: «Una sociedad que no sabe ser caritativa, sino toreando, bailando o jugando a la lotería...» Su carrera le dicta observaciones como estas: «Parece que estoy viajando por el interior de un cerebro atacado de violentísima jaqueca...» «Este pasadizo es un exófago. Somos pobres bichos que hemos caído en el estómago de un gran insectívoro». Es sabio, discreto, locuaz y cristiano. Hace la delicada operación conservando en todo momento una impassibilidad que pudiéramos llamar científica. Y es también buen observador, pues es el único que alcanza a conocer el verdadero mal de Marianela, y mira con extraordinaria fijeza a la moribunda a ver si descubre en sus músculos el reflejo del amor que muere. Su oración es bellísima: «Podríamos creer que ha desaparecido ya su alma y han quedado sus suspiros.»

En este personaje se ve el espíritu del siglo XIX que ha conseguido vencer todos los problemas que se plantea el conocimiento; que es como una reacción del predominio que a principios del siglo ejercen los problemas del corazón.

Marianela.—En el carácter de la protagonista de la obra es donde el autor pone, naturalmente, más cuidado. A veces no le basta con la determinación física de uno de sus rasgos y acompaña la descripción con algún detalle de suma espiritualidad y observación. Es una niña de ligeros pies y menguada estatura; talle delgado; busto igual; se veía que ya no era una niña; era «una mujer con vidrio de disminución»; tenía 16 años, «se dudaba si era un asombro progreso o un deplorable atraso»; cabeza pequeña; ojos negros; labios chicos, «siempre estaban sonriendo; mas aquella sonrisa era semejante a la imperceptible de algunos muertos cuando han dejado de vivir pensando en el cielo;» sus miradas eran fu-

gaces y momentáneas; boca, fea; pero, «*ni hablando ni mirando ni sonriendo revelaba aquella miserable el hábito degradante de la mendicidad.*» Iba descalza y estaba a ello familiarizada; vestía falda sencilla, no muy larga; sus cabellos dorado-oscuros sueltos y rizados le daban cierto carácter de independencia más propia del salvaje que del mendigo. Sus palabras eran sin embargo, recatadas y humildes. El rostro delgado pecoso; frente pequeña, nariz picuda, negros y vivos los ojos; pero con sombra de tristeza. «*Dicen que no tengo madre ni padre.*»

Este lamentable conjunto de detalles conque se ha complacido Galdós en retratar a su heroína, no es desconocido para la pobre muchacha que en repetidas ocasiones manifiesta el juicio que le merecen. Primero indica que antes no era así: «*Dicen que antes que me cayera era yo muy bonita.*» Pero después no se vuelve a acordar de esta desgracia, (de la que el autor tampoco debe guardar muchos recuerdos puesto que no se ha preocupado por designar la fealdad accidental,) y confiesa su fealdad. Y así cuando le dice un día Pablo «*Eres hermosa como los ángeles*» la chiquilla tiembla, como le ocurre siempre que Pablo le dedica alguna flor: «*Durante un breve instante de terror y de ansiedad, creyó que el ciego la estaba mirando.*» Y cuando su amo le repite que ella debe ser muy hermosa, acaba por querer convencerse, y con extremada delicadeza y dulzura,—aquí el poeta asoma con toda su maestría—dice, al acercarse a su arroyuelo: «*El agua se ha puesto a temblar—dijo la Nela—y yo no me veo bién señorito. Ella tiembla como yo.*» Pero esta dulce espera a que la somete la inquietud divina del agua-sabiamente sorprendida en su engaño por la magia del poeta—no dura mucho, y cuando se acerca otra vez, se ve feísima, como se ve al mirarse en un pedazo de espejo, y entonces llora por primera vez ante el incomprensible enigma de su desgracia. Y cuando oye la pregunta directa: «*Dime, Nela, ¿Cómo eres tú?*» La Nela no dijo nada. *Había recibido una puñalada.*»

Su nombre ha surgido como su vida. María, la hija de Canela, se llama Marianela; su oficio es el de lazarillo de un señorito rico; como por la debilidad de su cuerpo no podía servir para las faenas propias de las minas; como ella según le habían dicho todas las personas con quienes había hablado no servía para nada, había tenido que aceptar aquel triste oficio, que dulcemente se le había convertido en la única alegría que en su vida se habría de presentar. Era por todos los conceptos: «*...un canto rodado, el cual ni siquiera tiene forma propia, sino aquella que le dan las aguas que le arrastran, y el puntapié del hombre que lo desprecia.*» Ella no sabía que tenía inteligencia—aunque a veces da muestra de que no lo ignora del todo; pero aunque no entendía lo que decía Pablo, cuando éste hablaba «*atendía con toda su alma, abriendo la*

boca. En efecto de aquel amor está hábilmente recogido: *Aquella débil criatura en la cual parecía que el alma estaba como prensada y constreñida dentro de un cuerpo miserable, se ensanchaba, se crecía maravillosamente al hallarse sola con su amo y amigo. Junto a él tenía espontaneidad, agudeza, sensibilidad, gracia, donosura, fantasía. Al separarse creeríase que se cerraban sobre ella las negras puertas de una prisión* » Por eso, cuando hablaba con su señorito, puede decir que ella había oído algunas veces: Fulano tiene los demonios en el cuerpo pero ella, se sentía tan alegre que podía afirmar que *«tenía los ángeles en el cuerpo.»*

Aparte estas notas que tan destacadamente dibujan la figura y el amor de la muchacha, Galdós completa la bella figura con rasgos de su bondad. Es completamente desprendida, y cuando caen en sus manos algunas monedas, de las que ella no quiere apreciar el valor o no sabe, las dá a su amigo Celipín, para ayudarle en sus proyectos de hacerse un hombre de provecho marchándose a la ciudad en donde ha de adquirir la cultura conveniente. Cuando sabe que el Doctor afirma que ha de dar vista al ciego, no siente por él ninguna animadversión; solo se le ocurre decir: *Yo quiero que mi señorito vea; pero que no me vea.* Y ante el mismo Doctor que la recoge cuando comprende que la chiquilla quiere atentar contra su vida, ella, *«paralizada por el respeto, sin hacer movimiento alguno, miraba a su bienhechor con asombro.»* Y al que la acaba de salvar y ha conseguido descubrir su secreto, le dice: *«Hízome una cara fea, un cuerpecillo chico y un corazón muy grande.»* Y ni aun contra Florentina, la que inconscientemente le roba todas sus ilusiones, siente odio. Su pobre espíritu se aplanaba y solo le deja fuerzas para pensar en el suicidio. La última alegría que siente es la de ver que su amo la ha reconocido, y entonces besa amorosamente las manos del que fué su amo y su amor y muere con una divina sonrisa en los labios.

Y con esto terminó el intento de homenaje a la figura venerable del gran poeta que noveló la historia de nuestro agitado siglo XIX, y que tan certeramente supo llegar hasta el centro de las almas.

